

persona de su hijo, saldría de su palacio la Reina con débil escolta por el campo inmenso; y su favorito, apostado en cierto sitio también convenido, y con gran golpe de gente, la robaría, conduciéndola, como violentada y por fuerza, bajo su mano, á uno de sus castillos, donde se uniría con ella, después de haberla públicamente deshonrado, y por motivo y razón de esta misma deshonra. La comedia se representó al aire libre, como se había ensayado. Para evitar escándalos mayores, las dos Iglesias, la católica y la protestante, convinieron en desligar el doble matrimonio de Juana Gordón y el conde Bothwell casando á éste con María Estuardo. En efecto, el 3 de Mayo, día mismo de la promulgación del divorcio, apareció María Estuardo por las calles del asombrado Edimburgo, en una enjaezada hacanea, cuyas bridas de oro llevaba el conde Bothwell á pie, mientras las gentes de éste lanzaban las armas al paso de la Reina, para demostrar cómo había salido del cautiverio y recobrado su libertad completa. En efecto, esta libertad tan grande aprovechóla para ceder su diadema y admitir en su tálamo al asesino de su segundo esposo. La ceremonia se verificó en el antiguo palacio de los Reyes, y según los ritos católico y protestante. A la verdad no podía quedar tal crimen impune. Si un castigo no hubiese venido sobre ambos, diríamos que le faltaba Dios al Universo y al hombre la conciencia. El día mismo de la boda, y al volver de la Iglesia, Bothwell trató á su nueva mujer, y siempre Reina, con tan brutal violencia, que pidió la infeliz un cuchillo para partirse el corazón, y abrió la ventana para echarse á la calle. Terrible nube los envolvía ya entonces. La cólera popular se condensaba en tormenta indescriptible. La humillada nobleza requería su espada para clavarla en el corazón de los protervos. Caía de las alturas del púlpito fuego devorador en palabras fulgurantes. En los días anteriores al matrimonio ya estaba la liga formada por la misma humillación que infligiera Bothwell á la soberbia nobleza. Temían todos, aristócratas y plebeyos, que así como aquel ambicioso en su locura se había deshecho antes del marido de María, se deshiciese después del hijo y heredero. El conde Marx, que custodiaba en su cuna con gran cuidado el regio infante, prohibió á María la entrada en su estancia, si más de tres personas la seguían y acompañaban. Un grito de guerra llenó los aires. La coalición se generalizó en todas las clases. La corte misma de Francia ofreció socorros en armas, hombres y dinero. En vano María los trataba con desdén y Bothwell con arrogancia. Despreciados ó heridos continuaban su guerra y se apercebían á la victoria. El clamor de la opinión crecía tanto, que los Reyes se marcharon desde la capital á un retiro, donde á sus anchas declararon traición el proceder de todos los patricios escoceses. En seguida reunieron sus gentes y marcharon contra los rebeldes. María, vestida en traje de amazona; con borceguíes romanos y cota roja que ni siquiera le llegaba hasta las rodillas; las piernas desnudas, incitaba con sus gestos provocativos y sus miradas abrasadoras al combate, después de haber prometido á los suyos las propiedades y tierras de los rebeldes. Estos llevaban un estandarte vistoso, en el cual se veía la figura de Daruley

muerto, á cuyos pies se hallaba el tierno príncipe su hijo de rodillas, como un ángel y con las manos levantadas al cielo, para pedir á Dios, en nombre del derecho vulnerado, justicia y auxilio. Bien pronto los dos ejércitos llegaron á las manos de muy extaña manera, para que todo fuese verdaderamente singular en esta trágica historia. El combate comenzó por una embajada. El embajador francés mismo se interpuso entre los combatientes y anunció á María la sumisión de los Lores, con tal que abandonase á su marido. Además, para evitar la efusión de sangre proponían todos á una combate personal con el malvado, único medio de ver claramente, y en toda su verdad, el divino juicio. Bothwell, después de haberles llamado infames y haberles dicho que todos y cada cual hubieran hecho lo que hizo él, y apoderándose de Reina y corona, mantuvo el desafío y aceptó el reto. María, deshecha en lágrimas, se arrojó á sus plantas, conjurándole á no correr tan grave riesgo y peligro. Pero mientras tanto el ejército de los confederados se movía y acercaba con furor al ejército real. Entonces un horrible grito de éste, mal seguro de su causa y escasamente conforme con sus Reyes, pidió concordia frente á los dos fautores de la discordia. A tal demanda el Rey se constituyó en campeón y aguardó á su enemigo. Salió de las filas un campeón del Estado llano y María no quiso que su esposo llegase á rebajarse hasta él. Admitida la recusación, uno de los primeros magnates, blandiendo antigua espada esgrimida por nobles manos en cien batallas, púsose de hinojos en el suelo y pidió á Dios que prosperara su causa como defensor de la inocencia. A estos gritos del héroe, que resonaban como la bocina legendaria de los antiguos cruzados, conmovióse tanto el ejército de la Reina, que no quiso el combate. María estaba, pues, perdida; y no tuvo más remedio que darse á partido, después de haber conferenciado angustiosamente con el autor de su deshonra. Pero tenía tal ceguera en la mente y en la conciencia, que alargando la mano á uno de los jefes dijo: «así como ahora os cojo la mano, mañana os cogeré la cabeza». Vencida é insultante, la infeliz debía pasar por pruebas muy amargas. En cuanto se rindió y entregó, declaráronla cautiva sus implacables enemigos, la condujeron prisionera como un despojo de guerra entre dos filas de soldados vencedores é insolentes. Precedíala con irreverencia la bandera, que sirvió de símbolo y enseña en aquellos combates á los rebeldes. A pesar de que los tiempos no habían á sazón semejante andado como por el siglo décimo-octavo y la Revolución francesa, el populacho de la fiera Edimburgo injurió y vejó á María Estuardo; como dos siglos más tarde injuriara el móvil populacho de París á María Antonieta. Dijéronla todas las brutales palabras que suelen ocurrírseles á las muchedumbres en delirio y arrojáronle entre gestos irreverentes y sarcasmos soeces el barro de las calles. Alojáronla en casa del preboste de la ciudad, para demostrarle como se hallaba en rehenes, y á merced completamente del sublevado pueblo. Veinticuatro horas hacía que no entraba ningún bocado en su estómago. La rota, por algo peor que la deserción, por la inercia de sus valedores traída, la separación de aquel

conde, á quien librara su corazón y su corona; los incidentes varios del combate y la guerra en los cuales tantas veces habiase visto, ella, soberana, suspensa de las voluntades ajenas; la rendición inevitable á los mismos que odiaba con los ardientes odios propios de su vehemencia; el paso por los campos, entre dos filas de guardas, como un reo que condujeran al suplicio; la entrada en Edimburgo, donde apuró todas las iras y todas las injurias del populacho después de haber brillado allí en toda su autoridad y soberanía; la clausura en la casa del preboste, ceñudo carcelero, quien no se hubiera en otro tiempo atrevido á mirarla frente á frente por no cegar á los rayos de su gloria y no caer bajo el peso abrumador de su grandeza; el recuerdo asesino de su antiguo esplendor y la comparación con aquel envilecimiento trastornáronla de suerte que su faz y sus ojos tenían y tomaban todos los aspectos siniestros de una verdadera demencia. Por tanto, así que se vió encerrada, cayó en silencio profundísimo, semejante al silencio de la estupidez; y sólo de tal estupor salió cuando le volvieron á mostrar el pabellón rebelde, para pedir á gritos socorro, é imprecicar al cielo con desesperación á fin de que acabasen con ella, y en los infiernos la hundiesen, donde hallaría más compasión que hallaba entonces entre sus vengativos vasallos y en su alterado y encendido reino. Bajo uno de aquellos arrebatos, María se levantó de su lecho desalada, y corrió á la ventana, que caía sobre calle principal, pidiendo á los viandantes, por Dios, amparo y socorro, contra sus tiranos y carceleros. Temieron éstos que la situación de una Reina prisionera provocara fácil cambio en los afectos del movable pueblo, y la condujeron á su Palacio, donde podían tenerla más recatada, y aparte de las muchedumbres. Por la tarde, y al anochecer, trasladáronla de la casa del preboste, su antigua prisión, á la casa del príncipe, ó sea su antiguo Palacio. Trescientos arcabuceros la circuián. Iba el conde Mortón á uno y el conde Athol á otro de sus lados. Precedíanla dos hacaneas enjaezadas brillantemente, aunque no había querido montar ninguna. Diez ricas-hembras la seguían brillantemente vestidas y adornadas, contrastando sus trajes con la especie de saco vestido por María, cuyos cabellos en desorden le llegaban hasta la cintura, dándole, si bajaba la cabeza, visos de penitente, y si la movía con furor en diversas direcciones, aspectos de loca. Sus tiranos, como ella los llamaba, se juntaron á una en consejo, así que la vieron en Palacio, para echar suertes sobre su regio manto, y disponer de su autoridad y de su corona. En efecto, María, con las imprudencias y temeridades propias de su natural, pasaba las horas muertas escribiendo á su esposo, para decirle cómo sus recuerdos se fijaban en él y no entreveía otra cosa, ni abrigaba otro propósito, sino procurarle un desquite sangriento y caer vengada en sus brazos. Por consecuencia, decidieron elevar su transitoria prisión á perpetuo cautiverio, y la despojaron de su autoridad y de su corona. Era la noche del 16 de Junio de 1567; y María estaba en sus habituales costumbres de bordar y escribir, sin acostarse, porque no se lo consentían sus versátiles pensamientos y sus enardecidos nervios, cuando apareció un lord, con la

orden de abandonar el palacio de sus padres para trasladarse á ceñuda fortaleza. Llevaban esta orden Ruthven, el asesino de Riccio, y Lisay, el caballero mantenedor del desafío con Bothwell en la hora suprema de su horrible rota. Montáronla en pobre mula, mas como reo que como Reina, y condujéronla, entre aquellos dos feroces magnates, á su duro cautiverio. Un castillo fuerte y aislado, todo él circuito de una milla de agua en todas direcciones, erigido en medio de triste laguna, sirvió de prisión á María. Y en aquella prisión halló de carcelera una hiena, la madre de Guillermo Douglas, hermosura de otros tiempos, envidiosa siempre de las seducciones de María, y querida del Rey Jacobo V, quien le había dado un hijo de sus amores, al cual creía ella heredero legítimo de la corona escocesa. Imaginaos cuántas pasiones grandes y mezquinas, cuantos celos vehementes y rivalidades pequeñas, cuántos recuerdos amargos y esperanzas frustradas se reunían para convertir á la carcelera en una parca horrible y agravar las durezas de la cárcel y del cautiverio. Creíase, pues, la soberbia manceba del difunto Rey más que una esposa legítima; creía también á sus hijos más que príncipes herederos; creía á la Reina Lorena, madre de María, una querida vil del Rey á quien juzgaba su esposo; y creía, por ende, á la Reina legítima una vil usurpadora. Con todas estas supersticiones, la terrible arpa sumaba su fé calvinista y su horror á la fé católica. Por consiguiente, clavó sus uñas en aquella víctima y lo probó con toda clase de tormento. Los confederados comisionábanla para que persuadiese á la Reina María Estuardo al divorcio y separación de su marido. Pero la Reina le contestaba implacable, dándole, con orden de enviársela inmediatamente, una carta fervorosa, en la cual constase su inviolable fidelidad al marido. Así, la depusieron sus enemigos del trono, y le presentaron las actas de abdicación y renuncia para que las firmase ella misma. Llevólas á su presencia Linsay, quien se las puso delante sin proferir una palabra, como si en vez de ser enviado de los hombres, fuese de la fatalidad enviado. María Estuardo, petrificada por aquel imperioso ademán, por aquel relampagueante mirar, firmó su propia sentencia de destronamiento con la mano trémula por la emoción y los ojos arrasados de lágrimas. A los pocos días coronaron á su hijo aunque solo tenía trece meses. La ceremonia se verificó en la iglesia de Stirling. Los nobles llevaron las insignias reales, los obispos le ciñeron la corona, y los predicadores presbiterianos invocaron para el tierno niño las bendiciones del cielo. El conde Murray fué nombrado Regente, y juró al nuevo monarca, puesta la diestra sobre los Evangelios. Así quedó consumada la gran revolución que depuso del trono escocés á María Estuardo.

Políticamente María Antonieta fué tan mala Reina como María Estuardo; pero fué mucho mejor mujer, y sobre todo, mucho mejor esposa. Verdad que sólo sintió por el Rey en los primeros años de su casamiento glacial indiferencia; pero verdad también que trocó este punible afecto por exaltadísima devoción en los días de su desgracia. Muy gárrula, según us natural expansivo, criticaba en alta voz á la continua el proceder de su esposo por las

debilidades, á su natural irremediable congénitas: pero lo acompañaba y lo obedecía como una perfecta casada. Enternece considerar en cuántas ocasiones pudo ella sola salvarse, dado el poderío de sus imperiales deudos y el culto de sus caballeros sirvientes, quienes, á diario, la brindaban todos con una libertad personal, saludable quizás á su esposo mismo y justificada por un odio particular á ella del pueblo, muy dispuesto al perdón del Rey, por francés, con Antonieta siempre indispuerto, por extranjera. Mas no puede negarse que si María Estuardo mató materialmente á su marido Darnley, tan amado un tiempo, mató política y moralmente á su marido Luis XVI Antonieta, por quien sólo sintió, como he dicho, años antes, una verdadera indiferencia, convertida tarde, muy tarde ya, en una devoción moral, incapaz de restañar las heridas abiertas en el honor de aquel desgraciado, ni de curar los males hechos á su propia reputación de madre y esposa, maculada por sospechas de infidelidad, en fomento y difusión de las cuales puso ella, sin miedo de los calumniadores, innumerables apariencias, transcendentales en la Historia y en el mundo á toda su vida. Bien es verdad que una parte del mal hecho á su esposo por la Reina dependió del carácter propio á una institución como la monarquía, donde todo debe subordinarse á la generación y á la herencia; pero es verdad puso la corte de Austria unos particulares tan escandalosos, por pornográficos, en el terrible asunto, que su relato enrojecería, por lo verde, al más desenfrenado en concupiscencia, y sólo podría leerse con propiedad dentro de las mancebías y de los burdeles. Como los héroes y Reyes antiguos inmolaban sus hijas en requerimiento de que á tales holocaustos se aplacasen los hados adversos y los dioses infernales, sacrifican los Reyes modernos sus hijos y sus hijas, imponiéndoles el mayor de los tormentos; una boda no inspirada por el amor, ni urdida por los mutuos afectos de los cónyuges, una boda por razón de Estado, la cual boda sale muy bien librada si únicamente genera en los casados la indiferencia, pues muchas veces engendra una invencible repugnancia. María Teresa casó á María Antonieta con Luis XVI para que tal boda le asegurara un pacto de alianza eterno con Francia, pacto, para cuya duración y firmeza necesitaba diese al trono francés su hija un heredero directo, legítimo, varón. Siete años pasaron en Versalles juntos Antonieta y Luis sin que inspirasen á sus familias esperanza ninguna de sucesión, y en estos siete años menudearon cartas de María Teresa increíbles á su hija riñéndola por su esterilidad y diciéndole no había tenido empeño suficiente á grangearle un nieto para ella y para la corona un sucesor. Antonieta no tuvo grandes motivos para querer y respetar á su imperial madre, como la respetó, y la quiso, ni mucho menos para consultarla en materia de ciencia y de política, cuando su madre había descuidado tanto la educación de Antonieta que sólo sabía italiano, y muy mal, ignorandó el francés, el latín, las letras, el arte, las nociones indispensables de Geografía y de Historia, por haberle dado para maestros actores franceses primeramente y luego un abate, Vermond, causa principal de su ruina, pues sólo era ducho en intrigas

palaciegas, y tan estultamente orgulloso que recibía en el baño á los gentiles-hombres de la corte y á los ministros de la corona. Mas, á pesar de tamaño descuido, escuchaba como si fuese un oráculo á su madre, y la temía como á un juez. Y para defenderse de acusación fisiológica, tan poco imputable á la voluntad, como su falta de hijos, echaba la culpa sobre su esposo, y refería con todo género de particularidades los impedimentos fisiológicos opuestos á la consumación del matrimonio. Debían reinar costumbres muy brutales en las cortes aquellas, tenidas por tan cultas, cuando todo un José II de Austria, va desde su palacio de Viena en largo viaje al palacio de Versalles para imponerle brutalmente á su hermana que concibiera y que pariese, por necesitar esta concepción y este parto el Imperio austriaco y su secular dinastía. Y cuando se convencen todos de que necesita el Rey una operación quirúrgica para engendrar, semejante á las circuncisiones judías, el expediente de tal operación porquísima consta, como si de un público negocio se tratara, y el operador ó cirujano se deja decir que ya tendría Francia un Delfin de seis años, si á su tiempo, antes de los primeros días del casamiento, apelase la corte á su habilidad y á su cuchillo. Y á pesar de la operación, menudean los dimes y diretes, así acerca de la fidelidad de Antonieta, como de la procedencia del primer engendro, pues acariciaba ya el conde de Provenza la herencia de su hermano, á quien creía imposibilitado por completo para tener sucesión, y acariciaba el duque de Orleans la sustitución de una familia, como la suya, revolucionaria y liberal, á la rama primera, de carácter muy absolutista, y de apego muy señalado á las creencias y á las instituciones antiguas. Así, el Rey comenzó su reinado sobre Francia y su autoridad sobre Antonieta deshonrándose, y perdiendo la estimación universal, no por culpa de los innovadores y de los revolucionarios, por culpa de la familia donde había nacido y por culpa de la familia donde había entrado, lo cual presta una semejanza terrible á las desgracias matrimoniales de María Antonieta con las desgracias matrimoniales de María Estuardo.

Dos clases de plagas aportó al matrimonio Antonieta; una, la imperdonable ligereza de su vida particular; otra, la torpe y traidora política sustentada por su letal influencia. No importa, ni puede importar cosa, el asesinato material, puesto en parangón y paralelo con el asesinato moral. Antonieta no pegó fuego, como su antecesora lo hizo, á un barril de pólvora para que hiciese saltar por los aires en pedazos el cuerpo de su esposo; pero tendió sobre su nombre la nube ó eclipse del deshonor, y bajo su trono puso el explosivo de una insensata reacción. Por tal modo la creía reaccionaria su marido, que, al transformarse de Rey absoluto en Rey constitucional, y tener que pasar por las ceremonias parlamentarias, cuyo ejercicio le recordaba existir sobre su heredada soberanía otra soberanía superior, la soberanía nacional, dolíase de aquellos actos constitucionales, tenidos por humillantes, no á causa de su persona y estirpe, á causa de la persona y estirpe de Antonieta. Y, si ésta se lo hubiese agradecido y pagado, vaya en gracia. Pero los apologistas reaccionarios